

Tomás Segovia

Cuando los medios institucionales deciden canonizar a un escritor, organizando centenarios, homenajes, premios u otros rituales oficiales de este tipo, hay que preguntarse siempre qué significa eso. Uno leía a ese escritor en el contexto de la literatura, que es seguramente el contexto más flexible que hay, abierto con toda naturalidad a cualquier otro contexto humano, pero que precisamente por eso es cosa socialmente móvil, institucionalmente marginal, oficialmente mostrenca y políticamente inconcluyente. Y de pronto deja de formar parte de nuestro patrimonio personal, libre, callejero y familiar, no privado porque eso es un concepto institucional, pero sí íntimo y propio; de nuestro mundo de preferencias, intereses, amores y odios no instituidos; de nuestra cultura y valores individuales, y se nos impone como parte del patrimonio nacional, institucional, colectivo o supuestamente colectivo. El hábito de estas prácticas, cada vez más frecuentes desde hace casi un siglo, hace que nos parezcan naturales, pero si reflexionamos un poco, es absolutamente misterioso qué se proponen con eso las instituciones.

Sospechas no nos han de faltar. ¿Se proponen neutralizar así el potencial subversivo que se esconde siempre en la literatura, incluso hecha con intenciones conformistas? ¿Pretenden justificarse, y justificar el poder de donde emanan, rindiendo un homenaje formal a lo que siempre estará fuera y enfrente de las instituciones, antes y después del poder? ¿Aspiran a formar un mausoleo prestigioso que compita con los mausoleos equivalentes de otros países y tal vez redunde en alguna ventaja promocional para el comercio o el turismo? ¿O están dispuestas a despilfarrar una porción no desdeñable de los recursos de la sociedad en ceremonias culturales simplemente para quedar bien? Porque todo el mundo se declara partidario y amante de la cultura, aunque es evidente que para la sociedad en general ese amor no implica otra cosa que declararse tal.

Pero todo esto no son más que sospechas. El verdadero sentido de esos costosos, laboriosos e insistentes rituales sigue siendo enigmático. ¿Qué quiere decirnos un César al coronar

¹ El artículo aquí publicado procede de una ponencia leída en las jornadas *Campo abierto: Max Aub en la España de 2003*, organizadas por el Ministerio de Educación Cultura y Deporte, la Secretaría de Estado de Cultura y la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas, que se celebraron en la Casa de América (Madrid, 21-23 de enero de 2003).

de laurel a un poeta? ¿Que es su protegido, su privado, persona de su casa, en cierto modo su servidor o casi su criado? ¿O que reconoce con ese gesto simbólico que ese poeta es un elegido de los dioses, o del pueblo (suponiendo que no sea lo mismo), y que el soberano acata y sanciona esa elección? Pero ¿qué necesidad tiene el César de incluir a un poeta entre las personas de su casa, y más aún de decírnoslo? ¿O qué necesidad tiene de sancionar las aureolas divinas o populares? ¿Y qué necesidad tiene el pueblo, o sea nosotros, de que el poder nos sancione o nos comunique estas cosas? Con estas preguntas no quiero sugerir que esas cosas no existan, ni siquiera que no sean necesidades, sino únicamente que la necesidad de tales cosas es absolutamente misteriosa.

A lo largo de estos primeros párrafos no he olvidado ni un momento que estamos hablando de Max Aub, y espero que tampoco ustedes lo hayan olvidado. Porque todo esto resulta exacerbado casi hasta lo inexplicable en el caso de este escritor. Si lo pensamos un momento, es en extremo sorprendente que las instituciones de un país organicen la consagración de un escritor que no nació ni murió en ese país, que vivió en él apenas la cuarta parte de su vida, que aprendió su lengua a los 12 o 13 años y siempre la habló con acento extranjero, y cuyos orígenes estaban en otros países, en otra raza, en otra religión y en otra cultura. Para mí, esta circunstancia pone a Max Aub bajo una luz que me hace verle diferente de como lo veía hasta ahora. Ya he dicho que este tipo de actos arrancan a un escritor de su trasfondo literario y lo colocan en un ámbito institucional, social, político, que en el mejor de los casos se deja pensar en perspectiva histórica. Al poner bajo una luz cegadora la innegable paradoja que hay en llamar a Max Aub un escritor español, a mí se me presenta fuertemente incrustado en un trasfondo de historia. Por eso en estas páginas voy a pensar sobre todo, más que en el Max Aub propiamente literario, en el Max Aub biográfico y personal, el de *La gallina ciega*, la escasa correspondencia de la que he tenido conocimiento, las notas autobiográficas, en especial las que utiliza Joaquina Rodríguez como respuestas a su imaginaria entrevista *post mortem*, y también en mis recuerdos del trato directo aunque no muy asiduo que tuve con él.

Para esa paradoja que acabo de mencionar hay por supuesto una explicación inmediata. Que su obra esté escrita en español no es suficiente argumento, puesto que eso no bastaría para hacerle un escritor latinoamericano, y ni siquiera, en rigor, mexicano. Pero es público y notorio que Max Aub declara insistentemente que quiso ser español, y que efectivamente se sintió español, que no es del todo lo mismo. Eso sí es un argumento, aunque no tan claro como por ejemplo en el caso de Apollinaire, que aprendió el francés a la misma edad que Max el español, pero no vivió después en otro país que Francia y murió participando de uno de los momentos más gloriosos de ese país, y como patriota suyo. Mientras que Max Aub expresa él

mismo algunas dudas e ironías sobre su pertenencia a España, además de que, cuando murió, tenía oficialmente la nacionalidad mexicana y llevaba más de treinta años participando en la vida y la literatura mexicanas, muchos más de los que vivió en España.

Hay que reconocer pues que ni siquiera su voluntad y su sentimiento de ser español disipan todas las perplejidades que suscita su españolidad. Una de sus ideas más citadas es que uno es del país donde estudió el bachillerato. Podrían encontrarse objeciones para esa idea. Ungaretti estudió el bachillerato en Egipto pero es claramente italiano, y clarísimamente un *poeta* italiano. Muchos exiliados de mi generación estudiaron el bachillerato en Francia, o en Marruecos, o en México u otros países latinoamericanos, o en varios de estos lugares sucesivamente, sin que tenga sentido distribuir sobre esa base los países a los que pertenecen. Pero esas objeciones no bastan tal vez para invalidar el sentido general de la idea. Más importante me parece señalar que si esa idea es verdadera, entonces no es su voluntad y su sentimiento lo que lo hace español, ni siquiera el escribir en esa lengua, sino una circunstancia tan inevitable, fortuita y ciega para él como para un nativo la circunstancia de haber nacido allí. Porque es claro que Max Aub decidió tan poco vivir a los 11 años en Valencia como un cercedillés haber nacido en Cercedilla.

Pero tal vez al hablar de haber nacido estoy poniendo sin querer el dedo en la llaga de una oscura verdad. Tal vez puede decirse que un hombre no puede decidir *nacer* en un lugar determinado, pero sí puede decidir *haber nacido* allí. O sea asumir como propia una circunstancia fortuita, reivindicar libremente un dato mecánico, hacerse responsable de lo que le es impuesto, convertir un hecho mudo en un acto de sentido, hacer en una palabra que la libertad irrumpa en el corazón de la necesidad. Eso es sin duda lo que los románticos entendían por asumir el propio destino, y lo que se encuentra, teñido generalmente de intenso color moral, en muchos filósofos modernos y no sólo modernos. Pero lo que el caso de Max Aub parece sugerirnos es que si un hombre puede decidir haber nacido donde nació, también tiene que poder decidir haber nacido donde no nació. No literalmente, por supuesto, pero ¿desde cuándo la verdad tiene que ser literal? Justamente lo que todo esto quiere decir es que no hay ninguna literalidad en la pertenencia a un país. Pero generalicemos, para curarnos en salud de futuras casuísticas especiosas: no hay pertenencia literal a ningún país, ni nación, ni pueblo, ni raza, ni en rigor-rigor a ninguna cultura, o familia, o clan, o terruño —como tampoco a una época, ni aún, como nos consta hoy, a un sexo.

Recordemos ahora nuestro punto de partida. Nadie está más libre de la literalidad de las pertenencias que un personaje como Max Aub. Dice que su bachillerato le hace forzosamente valenciano —pero lo dice jugando incluso si no quiere jugar, puesto que la nacionalidad, la

raza y la cultura de sus padres no le hacen pertenecer forzosamente a la raza y la cultura judías ni a la nación y la cultura alemanas. Sartre había dicho, en tiempos de Max Aub y muy dentro de este contexto, que ser judío es creerse judío. Max Aub ejemplifica perfectamente, lo diga o no lo diga, que ser valenciano es creerse valenciano.

Volvamos entonces a preguntarnos qué pretenden las instituciones coronando de laurel a los escritores. Porque la institución *es* la literalidad. Yo no puedo ir al registro civil a que me inscriban como español porque me siento o me creo español, mucho menos —*mucho* menos— a que me borren porque no me creo español. Para las instituciones ser español es literalmente ser español; las instituciones sienten por las metáforas más asco que la suegra de *il postino*. Todo código, todo reglamento, toda legislación, toda normativa, pretende mantenerse dentro de los límites rigurosos de la literalidad. Tentativa imposible, por supuesto, y por eso existe la jurisprudencia, terreno prácticamente infinito y autoproliferante.

Una prueba más, por si hubiera pocas, de que el poder y sus instituciones son abismales y propiamente impensables. Tal vez recuerden ustedes aquel lema del 68: “Todos somos judíos alemanes”. Las instituciones nacionales están ahí para afirmar inflexiblemente, aunque toda la sociedad opinara lo contrario, que sólo los judíos alemanes son judíos alemanes, que sólo los españoles y no los moros ni los ecuatorianos son españoles, ni los andaluces son catalanes ni los extremeños vascos, y que López Velarde no será nunca un poeta español ni Valle-Inclán un escritor latinoamericano. Y a la vez reivindicaban la españolidad de un Max Aub, la francesidad (¿se dirá así?) de un Apollinaire o de un Lautréamont, nacido en Montevideo, o la italianidad de un Ungaretti. Todo lo cual es muy convincente, pero obviamente contradictorio. Si las instituciones empiezan a aceptar un lenguaje metafórico, ¿en qué queda el Código Civil? Si decimos que combinar tal falda con tal calzado es un verdadero crimen, ¿podremos mandar a la cárcel a nuestro inocente adefesio por ese crimen? Una cosa es que esa circunstancia a muchos nos parezca como un crimen, y otra que el Código Civil lo acepte como un crimen, literalmente como todo lo que el Código acepta. En cambio, si a muchos o unos cuantos nos parece que Max Aub es un escritor español, esta vez esa opinión es suficiente para que las instituciones lo acepten.

En toda exposición hay un momento en que conviene puntualizar, y pienso que en ésta ha llegado ese momento. Alguien podría argüir que el hecho de que unas instituciones españolas rindan homenaje a Max Aub no implica necesariamente que lo consideren español. Esas mismas instituciones podrían organizar un homenaje a Einstein sin que nadie concluya que lo consideran español. Es exacto, y mi interpretación sería falaz si se tratara de condenar a las instituciones o tan siquiera de denunciar sus contradicciones. Pero no es ese juicio o ese análi-

sis lo que intento hacer, sino partir de ciertas consideraciones o ciertas imágenes que estos homenajes me sugieren para reflexionar sobre la figura de Max Aub en relación con el poder y sus instituciones, y es inevitable que estos homenajes sugieran la cuestión de su españolidad por un lado, de la relación de la institución con los escritores (o los intelectuales en general) por otro.

Pocas vidas habrán estado más fuertemente tramadas que la suya con los grandes hechos históricos de su tiempo. Lo primero que salta a la vista al pensar en eso es el marcado contraste de aquel tiempo con el actual. La esencia del intelectual era entonces definitivamente y sin lugar a ninguna duda la responsabilidad, cosa bien difícil de imaginar desde una época en la que puede decirse que lo único que define a un intelectual no anticuado es la irresponsabilidad, por mal nombre también llamada postmodernidad.

Colocada en un contexto más amplio que el español, la figura de Max Aub sigue siendo ambigua y paradójica, y eso pone de manifiesto muchas veces las ambigüedades y paradojas del poder. Las persecuciones más duras no las sufrió por judío, cosa que oficialmente era, sino por comunista, cosa que oficialmente no era. El desarraigo más desolador y la incomunicación más desalentadora no los sintió en el destierro, sino en España al regreso. Es cierto que esa experiencia la comparte con la mayoría de los exiliados que regresan, lo cual indica que es una paradoja muy extendida, pero no por eso menos paradójica. Como muchos de esos exiliados, Max Aub insiste en *La gallina ciega* en que es España y no él la que ha cambiado.

Vale la pena hurgar un poco en ese cambio de posiciones respectivas a la luz de su caso personal. Ese hombre que había salido milagrosamente librado de la guerra civil española, del exterminio nazi y el antisemitismo francés, de los campos de concentración y los comienzos de la Segunda Guerra Mundial, llega a un país, México, que ha estado bastante al margen de esos cataclismos y desde el cual ese mundo trágico y obsesionante del que acaba de salir resulta remoto y un poco irreal. Y sin embargo no se siente incompatible e inadaptable en ese ambiente. Pasa después allí treintaitantos años, durante los cuales el país cambia seguramente tan rápida y profundamente como España en la misma época, incluso, por lo menos al principio, más rápida y profundamente. Es cierto que ese cambio lo ha presenciado día a día, mientras que el de España ha tenido que verlo necesariamente velado. Pero ya para entonces ha empezado el proceso que llamamos globalización, y los cambios de ambos países van en términos generales en la misma dirección: hacia el neoliberalismo globalizado y la democratización en el sentido neocapitalista de la palabra. En España sigue gobernando Franco y puede uno pensar que el muro con que se topa Max Aub consiste en que la modernización de España va a la zaga de la de México. No lo creo. Leída hoy, *La gallina ciega* describe una España mucho más neoliberal

que el México de entonces y puede que hasta el de hoy. Son esos valores —llamando también “valor” a la falta de ellos— los que constituyen una barrera infranqueable entre Max Aub y sus antiguos conciudadanos.

Pero ¿por qué un intelectual español, un intelectual europeo, un intelectual mexicano (que todo eso era Max Aub y todas esas perspectivas se manifiestan en su obra), por qué pues tendría que sentirse más incompatible con el neoliberalismo español que con el mexicano? Lo único que se me ocurre —pero me extrañaría que esa sea la explicación fundamental— es una diferencia en el papel de los intelectuales. La impresión que uno saca leyendo *La gallina ciega* es que para Max Aub la clase pensante española ha claudicado, no sólo los intelectuales propiamente dichos, sino la clase educada en todo su conjunto. La situación de los intelectuales en el México de esa época es muy distinta, incluso cuando se mueven, como sucede a menudo, en la ambigüedad: la connivencia misma con un poder nominalmente revolucionario permite a un intelectual sentir o pretender que está asumiendo su responsabilidad histórica. Es claro que Max Aub pone en el centro de todo el deber de asumir esa responsabilidad, y eso es lo que siente que ha desaparecido de España. Hoy sabemos que en eso las postrimerías del franquismo fueron precursoras, y hay en Max Aub algún barrunto de que lo sospechó. El mundo occidental de hoy, después de haber tolerado a Franco hasta su muerte, ha evolucionado hacia los ideales soñados por el *opus dei*, y la idea de esa convergencia no es una idea del todo ajena a Max Aub. Pero en el momento en que él vuelve a pisar España, tiene razón en pensar que esa defección de los intelectuales caracteriza a España mucho más que a otros países.

El mundo que él había vivido era muy distinto, y él fue de los que nunca renegaron de ese mundo, a pesar de las desilusiones, los fracasos, los errores y los reproches. Es el mundo, por ejemplo, de Hannah Arendt y de Simone Weil. Y si cito a estas dos pensadoras, ambas judías como él, ambas muertas en el exilio como él, la una francesa como él y la otra alemana como él, es porque en el conjunto de la intelectualidad de esa época son tan excéntricas por ser mujeres como él por ser valenciano. Estos judíos de la época del Holocausto, con el *handicap* añadido de esas excentricidades, tuvieron la grandeza, en medio de las persecuciones, la guerra, las derrotas y el exilio, de pensar en el destino de Occidente (y en la medida de sus posibilidades, del mundo entero) y de arrostrar valerosamente las consecuencias de las verdades que encontraron. Ninguna de las dos filósofas judías se amuralla en la Biblia en busca de unos orígenes que esclarezcan el destino del mundo, mucho menos en busca de certidumbres tranquilizadoras. Ese origen, el origen del mundo occidental, ambas lo buscan en el mismo lugar: en la *Iliada* y en la guerra de Troya. Hay una evidente generosidad en poner a Homero en el comienzo de todo cuando se es judío.

Es que hay una tendencia a asumir personalmente el drama y el sentido del mundo que parece darse con especial frecuencia entre judíos, y bastaría citar en apoyo de ello al judío Jesús. Max Aub no creyó nunca en la fatalidad de su raza, como tampoco creyeron Hannah Arendt o Simone Weil. No hay tal fatalidad, o sea tal literalidad. Pero si la literalidad de esas pertenencias es falaz, su sentido figurado en cambio tiene valor precisamente por no ser nunca literalmente verdadero. Tiene sentido hablar del judaísmo de un Max Aub, a condición de saber que es tan verdadero o tan falso —tan verdadero y tan falso— como hablar de su valencianismo, de su parisinismo, de su germanismo, de su mexicanismo. Tiene sentido también rastrear el tufo judío en Simone Weil o en Hannah Arendt, a condición de no hacer de eso una verdad objetiva.

Yo veía en México a Max Aub y me parecía que ningún exiliado español no judío podría ser tan universal, tan políglota, tan cosmopolita, tan ampliamente relacionado. Mis compañeros de generación iban con frecuencia a su casa como a un importante centro de reunión y comunicación. Max tenía todos los libros, lo había leído todo, conocía a todo el mundo, estaba al tanto de todo en las letras, en las artes, en la política. Nuestros primeros poemas y cuentos andaban en revistillas inencontrables: no se le había escapado uno. Y no sólo los jóvenes exiliados de entonces, sino todo el mundo literario de México frecuentaba a Max y visitaba su casa. Yo no iba mucho precisamente porque me parecía uno de los centros del mundo del exilio y de la cultura internacional, y siempre he tenido una tendencia compulsiva a hacer mohínes a los centros.

Esa impresión la he revisado ahora y me parece que no era exacta. Max Aub no era un centro, sino un cruce. De eso me ha convencido sobre todo él mismo, al leer muchas anotaciones autobiográficas que no conocí antes. Estaba relacionado con todo el mundo y servía constantemente de enlace, de introductor y de presentador entre unos y otros. Puede decirse por ejemplo que fue durante mucho tiempo el único puente entre la literatura española del exilio y la del interior de España. Había participado en muchas empresas intelectuales modernas: la vanguardia, la narrativa testimonial y la humorística, la parodia, el cine, el teatro de ideas y el de espectáculo, el ensayo y el aforismo, la prosa imaginística y la exageradamente casticista, mil géneros y estilos que se cruzan en su persona. Pero en ninguno de esos medios en los que solía guiarnos, presentarnos y apadrinarnos ocupaba un lugar central. Él mismo lo ha dicho con gran lucidez respecto de la generación del 27, por ejemplo. Incluso en sus quejas sobre su falta de éxito hay una valerosa toma de conciencia. El pasaje de sus notas donde se describe como escritor menor es de una sinceridad impresionante. Citaré otra circunstancia, tal vez menos significativa, pero que a mí me llama la atención. En los primeros tiempos del exilio español en

México, muchos refugiados habían tenido contacto con el mundo francés; la presencia francesa en México era entonces todo un símbolo de antifascismo, y la colaboración española en centros como el Instituto Francés o la importante Librería Francesa era notoria. Max Aub, nacido en París, que hablaba perfectamente el francés y conocía a fondo la cultura francesa, que era además amigo de grandes figuras de aquel país, de Malraux para abajo y de Malraux para arriba, nunca fue una figura importante en esos medios. En cuanto a la política, tengo naturalmente una visión más nebulosa, porque la claridad y la política no son cosas que se avengan bien. Pero mi impresión es que Max Aub fue también un poco enlace entre socialistas y comunistas o incluso republicanos, pero que en el Partido Socialista al que perteneció toda su vida tuvo siempre un lugar mucho menos central que el que sería de esperarse.

Voy a tratar de concluir. La paradójica españolidad de Max Aub y la paradójica práctica institucional de consagrar escritores me han hecho ver bajo una luz más nítida algunas facetas del personaje histórico que fue este escritor. Sus características extremadamente peculiares me parecen sugerir muchas cosas sobre los peligros de la literalidad de las pertenencias y la riqueza de las pertenencias simbólicas o metafóricas. Pero también sobre los centros y los cruces. En el mundo que se avecina va a ser sin duda importantísimo reflexionar sobre el centro y la periferia. La reflexión más urgente por ahora es seguramente sobre las limitaciones del centro. Es importante comprender que la construcción de una realidad histórica, de una época o de un aspecto de una época, puede hacerse desde el centro, en el interior del núcleo duro de esa época, pero también desde el margen o la periferia. En la construcción del Siglo de Oro español, por ejemplo, fueron decisivas figuras como Lope, Quevedo o incluso Góngora, que estuvieron en el centro de su época o por lo menos, como tal vez en el caso de Góngora, de *uno* de sus centros. Pero es evidente que también fue decisivo Cervantes, que nunca estuvo en el centro. Quiero decir con eso que es perfectamente imaginable, si es que no perfectamente real, que los centros de mando y de decisión, las instituciones, los poderosos, la clase dirigente y el poder político propiamente dicho de la época cuenten con figuras como Lope, Quevedo o Góngora. Es claro que nunca se les ocurriría contar con Cervantes. Es sabido que no es lo mismo ser un gran escritor que ser un gran personaje. Nadie puede creer que Cervantes fuera un gran personaje.

No quiero comparar a Max Aub con Cervantes. Es pronto para saber si contribuyó desde el margen a construir su época, aunque él mismo parece insinuar que tal vez la construcción, por lo menos, de esa época literaria llamada la generación del 27 tiene que contar con algunos que no estuvieron en su centro. En todo caso parece claro ya que, si no como escritor, al menos como enlace, comunicador y puente, en algo contribuyó a esa construcción. Pero si tomo

cierta distancia y pienso en la curva entera de su vida, veo sobre todo un caso ejemplar de intelectual del siglo XX, el siglo de las guerras mundiales, y lo que me parece más visible en el balance de esa vida, es que Max Aub fue siempre un escéptico, pero más que nunca después de su regreso a España tras treinta años de exilio. Pero lo más sorprendente, sobre todo para esta época, es cuánta fe vive todavía en ese escéptico. Así la lección última de Max Aub me parece ser que ninguna fe es más rica y más inmortal que la fe del escéptico.

Madrid, 15 enero 03